

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DE OCTAVIO NICOLAS DERISI

Al cabo de un largo período de fecunda y valiosa labor filosófica correspondería sin duda efectuar un amplio estudio de la producción de Octavio Nicolás Derisi en este ámbito del saber, donde no hay cuestión fundamental perteneciente a dicho campo que en algún momento no haya sido prácticamente tratada. La metafísica, la teoría del conocimiento, la antropología filosófica, la ética, la estética, la historia de la filosofía, la filosofía de la cultura, integran, junto a problemas de índole religiosa, educacional, etc., la amplia temática de la obra escrita de Monseñor Derisi. A su espíritu alerta, profundo y estudioso nada ha resultado ajeno, o carente de interés; su mirada filosófica se ha extendido a un amplio horizonte de problemas concernientes a la vida humana, su situación en el mundo, y su fin último. Derisi es un auténtico discípulo de Santo Tomás, a cuyo propósito ha dicho que “el más auténtico discípulo de Santo Tomás no es precisamente quien repita fielmente sus principios con una intelección más o menos exacta de su contenido, sino quien posesionándose y armándose de ellos, asimilando en toda su comprensión y en toda su fuerza su espíritu —sin claudicaciones y desviaciones, por otra parte— ahonde en su alcance —progreso en profundidad— y proyecte su luz sobre nuevos problemas —progreso en extensión—”.¹ Se haría aquí esa distinción que señala A. Caturelli entre discípulo y epígono.²

Pues bien, esta sería la oportunidad —la del homenaje que se rinde en el presente número de *Sapientia* a Monseñor Derisi— de llevar a cabo el estudio a que nos referimos. Muy especialmente convendría detenerse en algunas de las obras más importantes de nuestro autor, como *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, o *La doctrina de la inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás*, o *La persona, su esencia, su vida, su mundo*, o *Lo eterno y lo temporal en el arte*, pero no es este nuestro propósito, ni contamos tampoco con el espacio

¹ O. N. DERISI, *La doctrina de la inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás*. (Prólogo).

² A. CATURELLI, *El filosofar, como decisión y compromiso*.

suficiente para realizar con la debida atención y prolijidad tal cometido. Nuestro objetivo es otro; es quizás, por una parte, menos pretencioso, pero por otra más ceñido a lo substancial, y en tal caso —y por ello mismo— no menos dificultoso, aunque más simple y sencillo. Se trataría en efecto de determinar, en la medida de lo posible y mediante una visión de totalidad, cuál es la idea fundamental, la cuestión básica, o si se quiere la preocupación principal que promueve desde dentro la reflexión filosófica de O. N. Derisi, según se manifiesta en su obra escrita. Es algo así como situarse del otro lado de la diversidad y multiplicidad de los distintos asuntos, los sucesivos libros, la complejidad de cuestiones desarrolladas, para aprehender la unidad temática, el motivo fundante, el móvil central, la perspectiva propia y peculiar, que da coordinación y congruencia al conjunto, y le otorga, por así decirlo, un aire de familia, una coloración personal. Sostenía, en efecto, Bergson —poco más o menos— que en todo pensar filosófico auténtico hay algo así como una idea central —una intuición esencial o fundamental— que es como el principio vital, el tema por antonomasia, la raíz, el motivo que da sentido a toda la elaboración argumental, esa idea única que se expresa luego en la diversidad del sistema. Así entonces, pues, con tal criterio queremos referirnos al pensamiento filosófico de Mons. Derisi, proponiéndonos también determinar la índole de su estilo de pensar, o digamos para el caso, de su estilo filosófico.

Podríamos agregar a lo que venimos diciendo que en todo pensar filosófico hay algo así como una forma de diálogo —diálogo explícito o implícito— que a veces deriva incluso en polémica. Ateniéndonos al sentido etimológico del término, el diálogo nos muestra un avance del pensamiento o del *logos* a través de un determinado medio, en prosecución de la verdad; dicho medio suele estar constituido por distintas opiniones, muchas de ellas diametralmente opuestas. De ese modo el filósofo dialoga o polemiza para llegar a lo suyo; entra en controversia y se abre paso en medio de posiciones contrapuestas. Sócrates dialogaba y polemizaba con los sofistas, sus coetáneos; Kierkegaard polemizaba a distancia con Hegel. El método escolástico era también un método dialogal, en donde se presentaban las posiciones contrarias y se daban las soluciones pertinentes. Muchas tendencias y escuelas filosóficas se han ido conformando como respuestas o reacciones frente a otras, lo que ha llevado a veces a una y otra parte a acentuar hasta la exageración sus respectivas posiciones. Pensemos en tal sentido en las polarizaciones producidas entre los racionalismos e irracionalismos de las distintas épocas.

Si dijéramos, por lo tanto, que el pensamiento filosófico de O. N. Derisi se ha orientado a la determinación del fundamento obje-

tivo de todo dato de la experiencia, de todo acontecer, de todo fenómeno, más aún, de todo lo que de una manera u otra se da al conocimiento sensible e inteligible, estaríamos ya señalando no solamente una finalidad predominante, una permanente preocupación, sino también una posición refutativa respecto del idealismo y el inmanentismo filosóficos. En la obra ya citada *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, una de las más tempranas en la producción de Derisi ya se perfila esa idea predominante, la idea de la fundamentación ontológica de toda forma de ser y de todo valor. Esa idea central la veremos reiterarse luego en las sucesivas obras, a propósito de otras cuestiones y en otros campos del saber filosófico; está presente prácticamente en todo el filosofar de Mons. Derisi. No es algo, diríamos, a lo que se llega al final de la indagación filosófica, sino que pareciera estar ya vigente desde el comienzo. Por cierto que no es una idea preconcebida, una idea apriorística, ya que surge también ella misma como una exigencia de la razón y de la propia experiencia, pero puede decirse que está allí desde el principio como un polo de atracción, avizorada en el horizonte, orientando todo el proceso reflexivo como algo hacia lo cual habrá de llegarse necesariamente.

De esa manera, pues, aunque de acuerdo al movimiento natural del conocimiento se parte de la diversidad y la contingencia para acceder a la unidad y al primer principio, dicha diversidad de la experiencia singular y fenoménica aparecería como algo caótico y sin sentido si no mostrase de entrada la posibilidad del ascenso hacia su fundamento y causa eficiente. En definitiva lo que da la razón última de los seres múltiples y diversos es el ser subsistente por sí, el *Esse per se subsistens*, es decir Dios. Hay en toda la obra de Derisi un movimiento, según veíamos, hacia la determinación del primer principio y fundamento de toda existencia. De cualquier punto del que se parta habrá de llegarse a ese centro luminoso, que es principio y fin de todas las cosas, y que es el *Logos* o Palabra —como lo señala en uno de sus recientes libros— de donde procede lo que existe, y la esencia y el significado de lo que existe.

Podría alguien argüir quizás que la meta última hacia donde tiende esta explicación de la realidad está como postulada desde el comienzo. Pero eso no es así ni mucho menos; nada se da por sabido, ni hay otros supuestos —de lo contrario nos apartaríamos del ámbito de la filosofía— que no sean los datos de la experiencia y las primeras evidencias de la razón. La demostración de la existencia de Dios es en la posición tomista —la posición de Derisi— una demostración *a posteriori*, o sea de los efectos a las causas. No obstante la idea de Dios no puede estar orientando el pensamiento, al modo de una causa

final vagamente aprehendida. La razón en este caso poseería algún conocimiento previo, sin duda, pero no racionalmente explicativo. No hablamos, por cierto, de una idea innata de Dios, al modo del argumento ontológico, sino más bien del *credo ut intelligam* agustiniano, donde la creencia en Dios por vía de fe, predispone la razón para un hallazgo de Dios por vía demostrativa.

La índole misma, en efecto, del saber filosófico como saber de totalidad da lugar a que se produzca esto que venimos diciendo, particularmente cuando se trata del objeto último de la metafísica. Esto no significa, en modo alguno, la confusión de los planos, el de la fe y el de la razón, lo cual sería grave tanto para la razón como para la fe, y que, por otra parte, el tomismo se ha esmerado siempre en distinguir, sino de una situación puramente de hecho. No olvidemos que todo aquel que filosofa, o sea que reflexiona acerca de las esencias y razones de ser de las cosas, lo hace, claro está, desde una situación dada, es decir, desde una perspectiva particular, que es la suya propia. Desde ahí, pues, se asoma al mundo, y al universo todo para comprenderlo en sus causas últimas y fundamentales. Esa perspectiva se origina en sí mismo, en su propia concepción del mundo y de la vida. Claro está que la actitud filosófica es una actitud crítica y reflexiva, y que puede incluir también a las propias convicciones y creencias en la medida que éstas caen bajo la problemática de la razón, pero de suyo los supuestos de dichas convicciones y creencias no tienen por qué ser racionalizables, aunque graviten indirectamente sobre el pensar estrictamente filosófico.

De ese modo entonces el filósofo que cree en la existencia de Dios, que tiene fe en la existencia de Dios, no partirá, por cierto, de tal creencia para explicarse filosóficamente el mundo, la vida humana y la realidad en general; eso no sería hacer filosofía sino teología —teología de la fe, se entiende—, ya que la filosofía no tiene otros supuestos, decíamos, que los que le impone la razón misma. Lo que sucede es que el filósofo creyente, cuando hace metafísica, orienta su reflexión hacia lo que prevé habrá de ser su meta última, sin que ello afecte la índole racional y estrictamente filosófica de tal reflexión. Por otra parte, de los resultados de su reflexión filosófica podrá obtener motivos de credibilidad que fortalezcan su fe. Se trataría, entonces, en este caso de elaborar argumentos racionales para corroborar una creencia, o que de hecho corroboran una creencia. Habría así una colaboración recíproca, aunque extrínseca, entre la fe y la razón. A los efectos de la argumentación filosófica sobre la existencia de Dios, la fe es algo exterior y no debe intervenir en la argumentación misma; sin embargo de hecho, y en el espíritu, es distinto decir: Creo que Dios existe, trataré de buscar una demostra-

ción, que decir: No sé si Dios existe, veré si hay una demostración posible.

No debe, por lo tanto, en tal sentido, desconocerse el modo cómo la fe puede gravitar sobre la razón, e incluso también la falta de fe. Sería interesante indagar en qué medida, por ejemplo, la religión ha incidido desde afuera en los distintos sistemas filosóficos. Precisamente a propósito de Platón y Aristóteles, dice lo siguiente Ortega y Gasset: "Ya empieza a ser, por ejemplo, de sobra evidente que hemos relegado con exceso lo que en la filosofía de ambos seguía habiendo de religioso. No se discute que la filosofía fue, frente a la religiosidad tradicional, *otra cosa*, pero hemos exagerado creyendo que, por ello, no había que contar muy formalmente en Platón o Aristóteles con la perduración de elementos religiosos".³ Tal sería, quizás, pensemos nosotros, el sentido de aquellas palabras de Aristóteles en la *Metafísica*: "ser amigo de los mitos es en cierto modo ser filósofo",⁴ si por mito hemos de entender en el contexto del filósofo griego un saber extrarracional, un saber de creencia diverso al de la razón filosófica. Por otra parte, ¿no se ha hecho mención muchas veces de la influencia del pietismo en la filosofía de Kant, particularmente en la *Crítica de la Razón Práctica*? El hombre que cree es el mismo hombre que filosofa y es esa situación personal lo que hace que ambos saberes —sabiduría de la fe y sabiduría de la razón— marchen conjuntamente. Así, si el filósofo es agnóstico en materia religiosa, o ateo, también ello, sin duda, repercutirá en su sistema filosófico. La doctrina de las dos verdades que algunos defendían en la Edad Media es insostenible y se opone totalmente a las exigencias de unidad y congruencia en la verdad que requiere la mente.

Dentro, pues, de su posición tomista, el pensamiento filosófico de Mons. Derisi se caracteriza por el especial empeño, el particular énfasis cabría decir, en acentuar la idea del fundamento metafísico de la totalidad del ser, la noción del *Esse per se subsistens*, en quien se encuentran las perfecciones puras en estado absoluto. Las cosas contingentes y finitas son lo que son, poseen su ser, en cuanto participan del ser primero, es decir de Dios, de quien procede toda esencia y existencia. La concepción platónica de la participación, precisada, si cabe decir, por la noción aristotélica de la analogía, vienen a esclarecer ese orden de universo que tiene su principio y causa en Dios creador y providente. Toda verdad, todo bien y toda belleza parcial y mudable encuentra su razón de ser última en la Verdad, Bien y Belleza identificadas en Dios. En esta amplia visualización

³ J. ORTEGA Y GASSET, "Prólogo" a la *Historia de la Filosofía*, de H. BREHIER.

⁴ *Met.* 982 b. 19.

metafísica hay también cierta formalidad de carácter estético, que es peculiar del estilo del pensamiento filosófico de Mons. Derisi. Precisamente en su obra *Lo eterno y lo temporal en el arte*, tal concepción metafísica vista desde la perspectiva de lo estético encuentra su expresión más genuina.

El pensamiento filosófico de Derisi actúa a este respecto de un modo, diríase, paradigmático; presenta en su plano, en el alto plano en que se desenvuelve, los rumbos orientadores. Debajo de todo ello está la complicada urdimbre de la finitud y la contingencia; está, si se quiere, la problematicidad de lo concreto y lo singular, a lo cual se dirige de un modo especial la temática filosófica de nuestro tiempo. Esta parte de la realidad ofrece sin duda un amplio campo para la reflexión filosófica, aunque pueda ser también un campo propicio para la confusión y el desconcierto; sin embargo, el saber filosófico debe interesarse por esa suerte de laberinto para esclarecerlo e iluminarlo. En algunos escritos de Derisi, especialmente en los que se trata de cuestiones culturales, o de historia de la filosofía, particularmente de filosofía actual, se lleva a cabo tal cometido. Alguien comparó una vez a la obra de Monseñor Derisi con una "rosa de los vientos"; quienquiera que de una manera u otra se sumerja, en efecto, en la multiforme diversidad del pensamiento filosófico de nuestro tiempo para asumirlo, o discutirlo, o interpretarlo, o rechazarlo, o simplemente comprenderlo, hará bien en dirigir su mirada a esa "rosa de los vientos"; seguramente no ha de perder el rumbo.

JOSÉ MARÍA DE ESTRADA